

Henry Miller

La edad de oro *



En la actualidad el cine es un arte eminentemente popular, por decir que no es en absoluto un arte. Desde sus orígenes se dice que por fin existe un arte al alcance de las masas y que posiblemente las libere. Si la gente afirma que el cine tiene posibilidades que las demás artes no tienen, ¡tanto peor para el cine!

No existe un arte llamado cine, lo que existe, como en cada arte, es un modo de producción para las mayorías y otro para las minorías. Desde la desaparición de las películas avantgarde —creo que la última fue *Le sang d'un Poète* de Cocteau— queda solamente la producción en serie de Hollywood.

Las pocas películas que podrían incluirse en la categoría de "arte" desde la aparición del cine (hará unos cuarenta años) desaparecieron a poco de realizadas. Lamentable y sorprendente, ése es uno de los hechos relacionados con el desarrollo del nuevo arte. Quizá se deba a que el cine, más que cualquier otro arte, se ha convertido en una industria bajo control; una dictadura en que el artista es sometido y silenciado.

Es un hecho sorprendente y evidente sin más que las mejores películas se realizaron con poco dinero.

No se requieren millones para producir una buena película, de hecho es casi un axioma que cuanto más cuesta una película tanto peor es. ¿Por qué entonces el buen cine no cobra vida? ¿Por qué el cine está aún en poder de las mafias y de sus dictadores? ¿Es sólo una cuestión de dinero?

Hay que tener presente que las otras artes son ya una parte integral de nuestro ser; aún más, nos han sido impuestas casi desde que nacimos. Nuestro gusto está condicionado por siglos de inoculación. Actualmente admitimos con un sentimiento de culpa que no nos guste tal o cual libro, pintura o pieza musical. Quizá sea muy aburrido y nadie se atreva a confesarlo. Nos han educado para fingir gusto y admiración por las grandes obras de arte con las que ¡ay! ya no tenemos ninguna relación.

El cine existe y es un arte, otro arte —aunque nació demasiado tarde. Nació de un gran sentimiento de lasitud, palabra por cierto muy blanda. Aparece justo cuando agonizamos. Como el patito feo, el cine se siente de alguna manera emparentado con el teatro e incluso se cree destinado a remplazarlo, puesto que ya ha muerto. El cine nació en un mundo sin entusiasmo, sin gusto, la función del cine es como la de un eunuco ondeando un abanico de

plumas de pavorreal ante nuestros amodorrados ojos. El cine cree que deseamos que nos arrulle: no se ha dado cuenta que estamos en *agonía*. No culpemos al cine, preguntémonos por qué vamos a permitir que este real y maravilloso arte perezca ante nuestros ojos. Preguntémonos por qué todos sus esfuerzos y gesticulaciones por impresionarnos son en vano.

Me refiero al cine como a una *actualidad*, algo que existe, que tiene tanta validez como la pintura, la música o la literatura. Me opongo enérgicamente a quienes ven en el cine un medio de explotación de las otras artes o la suma de todas ellas. El cine no es un modo ni la suma de nada. Es el cine y nada más. Es más que suficiente, es magnífico. Como cualquier otro arte posee todas las posibilidades para crear antagonismos y estimular la revuelta. Puede hacer por el hombre lo que las demás artes han hecho y quizá aún más. Pero hay una primera condición, más bien un pre-requisito: *¡Quitar a las masas el poder que tienen sobre el cine!* Comprendo muy bien que no son las masas las que hacen las películas que vemos —ni técnicamente, en todo caso. Con todo, en un sentido más profundo *son* las masas las que hacen las películas *actualmente*. Por primera vez en la historia del arte las masas ordenan lo que el artista tiene que hacer. Por primera vez en la historia existe un arte exclusivamente para las masas. Quizá una burda comprensión de esta singular y deplorable realidad explique la tenacidad con que el “querido público” se apega a su arte.



¡Cine mudo! ¡Imágenes oscuras! ¡Falta de color! Orígenes espectrales, fantasmales. Las masas estúpidas se ven a sí mismas en esos malolientes ataúdes que eran las primeras salas de cine. Abismal curiosidad por verse reflejadas en el espejo mágico de la era de la máquina. ¿De qué terrible horror y anhelo surgió este arte “popular”?

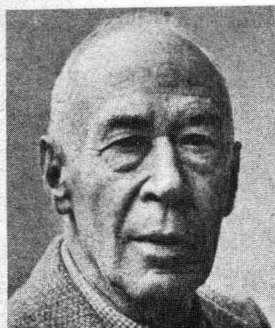
Bien puedo imaginar que el cine nunca hubiera existido, imaginar una especie de hombres para quienes hubiera sido del todo innecesario. Lo que no puedo imaginar son los autómatas de esta época sin cine, *cierto tipo de cine*. Nuestros famélicos instintos claman desde hace siglos por más y más sustituciones y la sustitución ideal de la vida es el cine. ¿Quién no ha notado la apariencia de los sabuesos del cine después de ver una película? ¡Ese somnoliento aire de vacuidad, esa mirada vaga del pervertido que se ha masturbado en la obscuridad! Parecen drogadictos, salen del cine como sonámbulos.

Claro que su intención es rendirnos como bestias acosadas. No más terror y lucha, no más misterio, no más asombro y alucinación, nada más paz, alivio de angustia, la irrealidad del sueño. ¡Sólo sueños *agradables*, sueños *apacibles*! Aquí ya no es posible contener unas palabras de consolación para los pobres diablos que viven de aplacar los apetitos insaciables de la plebe. Está de moda en la *intelligentsia* ridiculizar y condenar los esfuerzos en verdad hercúleos de los directores de cine, en particular, de los traficantes de Hollywood. No aprecia como es debido la inventiva que se requiere para crear todos los días una droga contra el insomnio de la plebe. No tiene caso condenar a los directores ni tampoco quejarse de la falta de gusto del público. Son realidades intransigentes e irremediables. Hay que eliminar al alcahuete y a su cliente — *¡de una vez por todas!* No hay otra solución.

¿Como hablar de un arte que nadie reconoce como *arte*? Mucho se ha escrito sobre el “arte del cine”, está en los periódicos y revistas todos los días. Sin embargo, ahí nadie trata el arte del cine, más bien vemos el lamentable estado de un embrión estropeado en la matriz por los ginecólogos del arte.

Hace cuarenta años que el cine intenta nacer. ¡Qué oportunidades puede tener una criatura que ha perdido todo ese tiempo en nacer! ¿Es de esperar que no sea un monstruo, un idiota? Sin embargo, espero de este monstruo idiota lo más terrible. Espero que devore a su madre y a su padre, que sea impulsivo y destruya al mundo, que inyecte ímpetu a la demencia y desesperación del hombre. No puedo verlo de otra manera. Cierta ley de la compensación establece que aún el monstruo tiene que justificarse a sí mismo.

Hará unos cinco o seis años tuve la rara buena fortuna de ver *La edad de oro* de Luis Buñuel y Salvador Dalí, que provocó un alboroto en la sala de cine *Studio 28* en París. Por primera vez en mi vida sentí que presenciaba cine puro y nada más.



Henry Miller

Desde entonces estoy convencido de que *La edad de oro* es una película excepcional sin paralelo alguno.

Antes de continuar quiero decir que soy un cinéfilo desde hace casi cuarenta años con varios miles de películas en mi haber. Si elogio la película de Buñuel y Dalí no quiere decir que pase por alto películas tan notables como:

The Last Laugh (Emil Jannings)
Berlin
Le Chapeau de Paille d'Italie (René Clair)
Le Chemin de la Vie
La Souriante Madame Beudet (Germaine Dulac)
Mann Braucht Kein Geld
La Mélodie du Monde (Walter Ruttmann)
Le Ballet Mécanique
Of What Are the Young Films Dreaming?
 (Comte de Beaumont)
Rocambolesque
Three Comrades and One Invention
Ivan the Terrible (Emil Jannings)
The Cabinet of Dr. Caligari
The Crowd (King Vidor)
La Maternelle
Othello (Krauss y Jannings)
Extase (Machaty)
Grass
Eskimo
Le Maudit
Lilliane (Barbara Stanwyck)



A Nous la Liberté (Rene Clair)
La Tendre Ennemie (Max Ophuls)
The Trackwalker
Potemkin
Le Marins de Cronstadt
Greed (Eric von Stroheim)
Thunder over Mexico (Eisenstein)
The Beggar's Opera
Mädchen in Uniform (Dorothea Wieck)
Midsummer Nigh's Dream (Reinhardt)
Crime and Punishment (Pierre Blanchard)
The Student of Prague (Conrad Veidt)
Poil de Carotte
Banquier Pichler
The Informer (Victor McLaglen)
The Blue Angel (Marlene Dietrich)
L'Homme à la Barbiche
L'Affaire Est dans le Sac (Prévert)
Moana (Flaherty)
Mayerling (Charles Boyer y Danielle Darrieux)
Kriss
Variety (Krause y Jannings)
Chang
Sunrise (Murnau)

tampoco
 tres películas japonesas sobre el Japón antiguo,
 medioeval y moderno cuyos títulos no recuerdo;
 tampoco
 un documental sobre la India
 tampoco
 un documental sobre Tasmania
 tampoco
 un documental sobre los ritos funerarios en México,
 de Eisenstein
 tampoco
 una película muda sobre un sueño psicoanalítico con
 Werner Kraze
 tampoco
 ciertas películas de Lon Chaney, en particular la
 basada en una
 novela de Selma Lagerlöf, en la que actúa con Norma
 Shearer
 tampoco
The Great Ziegfeld y *Mr. Deeds Goes to Town*
 tampoco
The Lost Horizon (Frank Capra), la primera película
 importante que ha dado Hollywood

tampoco

la primera película que vi: un noticiero donde
 aparecía el puente de Brooklyn y un chino con
 coleta lo atravesaba bajo la lluvia. Tendría unos
 siete u ocho años cuando vi esta película en el
 sótano de la vieja iglesia presbiteriana de South
 Third Street en Brooklyn. Después he visto cientos
 de películas en que siempre parecía que iba a llover

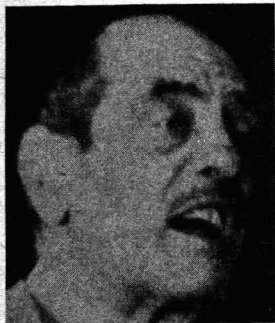


y había pesadillas donde se desplomaban casas, la gente desaparecía por puertas falsas y se arrojaban pasteles, la vida casi no valía y la dignidad era nula. Después de miles de payasadas, de los pastelazos de Mark Sennet, después que Charlie Chaplin agotara sus trucos, después de Fatty Arbuckle, Harold Lloyd, Harry Langdon, Buster Keaton, cada uno de ellos con su estilo propio de monerías, apareció la obra maestra de todas las payasadas y pastelazos, no recuerdo el título, pero era una de las primeras películas de Laurel y Hardy. En mi opinión es la mejor película cómica que se ha hecho, la apoteosis del pastelazo, todo es lanzar pasteles y más pasteles y todo mundo los lanza en todas direcciones. Aunque suprema en su género, es una película apenas recordada.

En arte la excelencia se logra sólo cuando el artista rebasa sus límites. Así lo vemos en la obra de Lewis Carroll y en la *Divina comedia* de Dante, también en Lao-Tse, Buda y Cristo. Hay que poner al mundo cabeza abajo, sacudirlo y aturdirlo para poder proclamar el milagro. En *La edad de oro* nos topamos con una milagrosa frontera que da a un nuevo deslumbrante mundo donde nadie ha ido. "Mon idée générale" según Dalí, "en écrivant avec Buñuel le scénario de la *L'Age d'Or* a été de

présenter la ligne droite et pure de conduite d'un être qui poursuit l'amour à travers les ignobles idéaux humanitaires, patriotiques et autres misérables mécanismes de la réalité". No ignoro la parte que le corresponde a Dalí en esta gran película y aún no dejo de pensar que es un producto peculiar de quien la dirigió: Luis Buñuel. Dalí es muy conocido en el mundo, incluso en Estados Unidos y en Inglaterra, como el surrealista de más fama en la actualidad. Está de moda y en buena parte eso se debe a que no es comprendido y también en buena parte al sensacionalismo de su obra. Por otra parte, de Buñuel es poco lo que se sabe. Hay rumores de que está en España reuniendo calladamente películas documentales sobre la revolución. De cualquier manera, si Buñuel conserva su vigor promete no ser menos sorprendente. Buñuel lanza dinamita como los mineros de Asturias, está obsesionado por la crueldad, la ignorancia y la superstición que dominan al hombre. Es consciente de que no hay esperanza para el hombre en lugar alguno de la tierra a menos que todo comience de nuevo. Aparece en escena en el ocaso de la civilización.

La crisis del hombre civilizado es grave. Entona el canto del cisne sin la alegría de haberlo sido. Ha



Luis Buñuel

sido traicionado por su intelecto, ahogado y mutilado por su propia simbología, estancado en su arte, asfixiado por sus religiones, paralizado por su conocimiento. Aquello que glorifica no es la vida (de la que ya ha perdido el ritmo), es simplemente muerte. Lo que adora es decaimiento y putrefacción. El hombre está enfermo y todo el organismo social se ha contagiado.

A Buñuel lo han llamado de todo, traidor, anarquista, perverso, difamador, iconoclasta; no se han atrevido a llamarlo loco. Si en su película retrata la locura, culpa suya no es. Este maloliente caos, que dura algo más de una hora se amalgama bajo su batuta mágica, es la locura del hombre moderno después de diez mil años de civilización. Para demostrar su veneración y gratitud, Buñuel pone una vaca en la cama y pasa con un camión de basura por la sala. La película es una sucesión de imágenes inconexas cuyo significado hay que buscar detrás del umbral de la conciencia. Quienes se decepcionaron por no encontrar orden y contenido pueden hallarlo en cualquier parte, salvo quizá, en el mundo de las abejas o de las hormigas.

Ahora recuerdo el breve y encantador documental que precedía a la película de Buñuel aquella noche en el *Studio 28*. Se trataba del rastro, tema totalmente apropiado y significativo para el delicado estómago de las hermanas de la cultura que habían ido a abuchear la película principal. En el documental todo era familiar y comprensible, quizá con mal

gusto, pero con orden y significado tal como en un rito caníbal. Y finalmente un toque estético: al terminar la matanza, los cerdos decapitados fueron retirados y las cabezas infladas con aire comprimido hasta hacerlas monstruosamente reales, apetitosas y succulentas: la saliva fluía sin querer. (No hay que olvidar los tréboles puestos en el culo de cada cerdo.) Como decían, era una obra de carnicería totalmente comprensible, tan bien hecha que algunos entre los espectadores más elegantes irrumpieron en aplausos.

Hará unos cinco años que vi la película de Buñuel y no estoy muy seguro, pero tengo la certeza de que en *La edad de oro* no hay escenas de carnicería entre hombres, ni guerras, ni revoluciones, ni inquisiciones, ni linchamientos, ni escenas pornográficas; eso sí, tiene escenas donde un ciego es maltratado, un perro es pateado en el estómago, un muchacho fusilado perversamente por su padre, una anciana es abofeteada en una fiesta y unos escorpiones luchan a muerte en unas rocas a la orilla del mar. Pequeñas crueldades aisladas sin trama alguna, que al parecer escandalizaron a los espectadores mucho más que las escenas de la carnicería. Ciertas escenas pusieron fuera de sí a las delicadas sensibilidades: el influjo de Tristán e Isolda sobre uno de los protagonistas. ¿Cómo era posible que la divina música de Wagner excitara de tal manera el apetito sensual de un hombre y una mujer como para revolcarse en una senda de grava y morderse el uno al otro hasta sangrar? ¿Cómo era posible que esta música se posesionara de la joven para hacerla chupar un dedo del pie de una estatua con perversa lascivia? ¿Acaso la música produce orgasmos, actos perversos y vuelve a la gente loca de verdad? ¿Acaso este tema legendario que Wagner inmortalizó tiene algo que ver con un simple y vulgar acto fisiológico como el amor sexual? Al parecer la película eso quiere decir y aún más; en las ramificaciones de *La edad de oro*, Buñuel descompone como un entomólogo lo que llamamos amor, lo descubre detrás de la ideología, la mitología, las trivialidades, la fraseología y de toda la cruel maquinaria del sexo. Nos descubre los metabolismos ciegos, los venenos ocultos, los reflejos mecánicos, las secreciones de las glándulas, el conjunto de fuerza que une al amor y la muerte en la vida.

Además en esta película hay escenas nunca antes imaginadas, como la escena del baño. Cito de las notas del programa:

Il est inutile d'ajouter qu'un des points culminants de la pureté de ce film nous semble cristallisé dans la vision de l'héroïne dans le cabinets, où la puissance de l'esprit arrive à sublimer une situation généralement baroque en un élément poétique de la plus pure noblesse et solitude.

¡Una situación generalmente barroca! Quizá sea el elemento barroco de la vida humana, más bien de la vida del hombre civilizado lo que explique en la





obra de Buñuel esa crueldad y sadismo aislados que son un signo de que no se ha dejado atrapar en la deslumbrante telaraña de lógica e idealismo que nos oculta la verdadera naturaleza del hombre. Probablemente Buñuel como Lawrence, no es más que un idealista al revés. Es probable que la gran ternura, la gran pureza y poesía de su visión lo obligue a develar la abominación, la maldad, la fealdad y la hipocresía humanas. Como a sus precursores, parece animarlo un gran odio por la mentira. Aunque Buñuel es un hombre normal, instintivo, saludable, jovial y sin pretensiones, se encuentra solo en la desenfrenada corriente de las fuerzas sociales; normal y honesto por completo, pasa por grotesco.

Como Lawrence, repito, divide con su obra al mundo. No hay término medio, o se está loco como el mundo civilizado o se está cuerdo y sano como Buñuel. Y si se está cuerdo y sano se lanzan bombas. Un gran honor le fue conferido a Buñuel por su película; los ciudadanos franceses lo tildaron de anarquista verdadero. La sala de cine fue tomada por asalto y la calle despejada por la policía. No se ha vuelto a exhibir más que en privado, luego extrañamente se exhibió, también en privado, en Estados Unidos sin causar impresión alguna, sola-

mente perplejidad. Mientras tanto, Salvador Dalí ha venido varias veces a Estados Unidos causando furor. La obra de Dalí es enfermiza, sumamente espectacular y provocativa, es aclamado como un genio. Ha hecho consciente al público estadounidense del surrealismo creando una moda. Dalí se enriquece y es reconocido mundialmente como un monstruo. Monstruo por monstruo; obra la justicia divina. El mundo que está loco reconoce la voz de su amo. La yema del huevo se ha partido: Dalí conquista Estados Unidos y Buñuel las sobras.

En mi opinión, *La edad de oro* es la única película que he visto hasta el momento en que se revelan las posibilidades del cine. No apela al intelecto ni al corazón; es un golpe directo al plexo solar. Tal como dar una patada al estómago de un perro rabioso y aunque esté muy bien dado no es bastante. Vendrán otras películas aún más violentas que la de Luis Buñuel, dedicadas para el mundo en estado de coma y para el cine que aún ondea un penacho de plumas ante nuestros ojos.

Me pregunto qué habrá sido de Buñuel y qué estará haciendo. Imagino lo que *podría* hacer si se



Salvador Dalí

lo permitieran. También pienso en todo aquello que es prohibido en el cine. ¿Nos han mostrado alguna vez el nacimiento de un ser; humano o de un animal? De los insectos sí, porque el elemento sexual es débil y sin tabúes. ¿Incluso del mundo de los insectos, nos han mostrado el festín de amor de la mantis religiosa, que es el clímax de la voracidad sexual? ¿Nos han mostrado cómo nuestros héroes ganaron la guerra — muriendo por nosotros? ¿Nos han mostrado las profundas heridas y los rostros de los fusilados? ¿Nos muestran lo que pasa en España donde llueven bombas a diario sobre Madrid? Casi cada semana se abre una nueva sala de cine para noticieros, pero sin noticias. Una vez por año exhiben un resumen de los acontecimientos sobresalientes que hacen las agencias de noticias, no son más que catástrofes, choques de trenes, explosiones, inundaciones, sismos, accidentes de automóvil, desastres aéreos, colisiones de trenes y barcos, epidemias, linchamientos, asesinatos entre gangsters, motines, huelgas, revoluciones incipientes, golpes de estado, asesinatos. El mundo no parece un manicomio, lo es y nadie se atreve a confesarlo. Cuando se exhibe alguna película de locura terrorífica, por supuesto bien castrada, advierten al público con anticipación que no haga ningún tipo de demostración. ¡Sea imparcial! — es una orden. ¡No perturbe su sueño! Se lo ordenamos en nombre de la locura — ¡tranquilo! Estas disposiciones en general son acatadas quierase o no, al concluir el espectáculo todo mundo está inmerso en el drama inocuo de una pareja sentimental; tipos honrados y sencillos como nosotros, hacen exactamente lo mismo que nosotros con la única diferencia de que a ellos les pagan por hacerlo. Esta nulidad es el plato fuerte de la función. El entremés es el noticiero, aderezado con muerte, ignorancia y superstición. Entre estos dos aspectos de la vida no existe ninguna relación, a menos que el vínculo sean los dibujos animados. En las caricaturas el censor nos permite soñar las más horribles pesadillas; violar, matar, destrozar, saquear sin necesidad de estar despiertos. La vida cotidiana es lo que vemos en la película principal; el noticiero es el ojo de Dios; las caricaturas son el espíritu agitándose en su angustia. Sin embargo, nada de todo eso es la realidad para quienes piensan y sienten. De alguna manera nos han puesto un camuflaje y aún si es nuestro, aceptamos la ilusión por la realidad. La razón es que la vida tal como la conocemos es totalmente insoportable. Huimos de ella con terror y repugnancia. Los que vienen detrás verán la verdad quitando el camuflaje. Quizá se compadezcan de quienes sobrevivieron y lo sientan de verdad.

Hay quienes creen que *La edad de oro* es un sueño del pasado, otros que es el advenimiento del milenio. *La edad de oro* es la inminente realidad a la que todos contribuimos o no con nuestra vida cotidiana. El mundo es lo que hacemos o no,

todos los días. Si hoy en día sólo contamos con la locura, entonces los que están locos somos nosotros. Si se acepta que el mundo está loco es posible que alguien logre adaptarse. Sin embargo, los que tienen cierto sentido de creación no muestran ningún entusiasmo por adaptarse. Todos nos afectamos mutuamente, incluso negativamente. Si escribo sobre Buñuel y no de cualquier otra cosa, estoy consciente que causaré cierta impresión — sospecho que para muchos será desagradable. Afirmando el valor de Buñuel afirmo mis propios valores, mi fe en la vida. Singularizando a este hombre excepcional no hago más que seleccionar y valorar como en todo aspecto de la vida. El mañana no es cosa de azar, un día como cualquier otro; es el resultado de muchos ayeres y surge con una gran fuerza acumulada. Mañana soy lo que quise ser ayer y antes de ayer. No es posible que mañana niegue o anule todo lo que me indujo a este momento.

Asimismo debo mencionar que *La edad de oro* no es un accidente ni tampoco su prohibición. El mundo ha condenado a Luis Buñuel juzgándolo inconveniente; en realidad no todo el mundo, pues como decía antes, la película es poco conocida fuera de Francia, mejor dicho de París. No creo que *La edad de oro* se pudiera volver a exhibir en estos momentos. Probablemente la próxima película de Buñuel sea más explosiva, así lo espero fervientemente. Mientras tanto — quiero agregar que ésta es la primera oportunidad, aparte de una breve reseña para *The New Review*, que he tenido de escribir públicamente sobre Buñuel — mientras tanto, decía, quizá este tardío tributo a Buñuel sirva para despertar la curiosidad de quienes no lo conocen. Desde luego, Buñuel es conocido en Hollywood y como a muchos otros hombres de genio lo han invitado para dar a conocer su talento: en otras palabras, para no hacer nada y explotarlo. Demasiado para Hollywood.

No, el viento no vendrá de esa dirección. En el mundo todo está dispuesto de manera extraña. A veces los que han sido humillados y expulsados de su país vuelven para ser coronados como reyes. Algunos sólo dejan atrás de sí su nombre o el recuerdo de sus actos. En el nombre de ésta y de todas las épocas que han sido revividas y recreadas, afirmo, a pesar de todo lo que he dicho en contra del cine tal como hoy lo conocemos, que algo maravilloso y vital puede surgir de él. Todo depende de nosotros y de usted que lee esto.

Todo lo dicho no es más que una gota de agua en un balde, lo importante es que el balde no tenga un agujero. Tengo confianza en que puede encontrarse un balde semejante. Creo que es posible atraer al hombre a una realidad vital tal como es atraído por lo falso e ilusorio. La impresión que me causó Luis Buñuel no se ha perdido y quizá mis palabras tampoco se pierdan.